

El libro bien leído como objeto de belleza

Geoff Dyer

Geoff Dyer es narrador y ensayista. Nació en Cheltenham, Inglaterra, en 1958. Es editor de una antología de ensayos de John Berger (1986) y del libro *What Was True: The Photographs and Notebooks of William Gedney* (Norton, 2000), así como de numerosos estudios introductorios y prólogos, como el que preparó para la edición inglesa de un libro de fotografías del mexicano *Enrique Metinides* (2003). Dyer es autor de cuatro novelas: *The Colour of Memory* (1989), *The Search* (1993), *Paris Trance* (1999), y *Jeff in Venice, Death in Varanasi* (2009, traducida como *Amor en Venecia, muerte en Venarés*), reunió sus propios ensayos en dos libros, *Anglo-English Attitudes. Essays, Reviews, Misadventures 1984-99* (2000) y *Working the Room. Essays and Reviews, 1999-2010* (2011), y es autor además de una meditación sobre la memoria y la guerra a partir de los hechos de la Primera Guerra Mundial, *The Missing of the Somme* (1994), un libro de jazz, *But Beautiful* (1996, traducido como *Pero hermoso*), un singular ensayo biográfico *Out of Sheer Rage. Wrestling with D. H. Lawrence* (1997), *Yoga For People Who Can't Be Bothered To Do It* (2003) y un libro de ensayos sobre fotografía, *The Ongoing Moment* (2005). Esta nota apareció originalmente en *The New York Times Book Review* el 28 de agosto de 2011. Nota y traducción de Antonio Saborit.

SIEMPRE SE ha dado una amplia discusión sobre el efecto que los libros de lectura tienen sobre nosotros. Mucha menos atención se pone al efecto que nosotros (los lectores) tenemos en ellos (los libros). No me refiero a las reputaciones o a las regalías de los autores que escribieron los libros sino a los mismos objetos físicos.

De niño sacaba prestados libros de la biblioteca. Siendo estudiante compraba con frecuencia libros usados, algunos con las anotaciones en lápiz de otras personas. Éstas se podían



borrar, pero a veces me llegué a llevar un libro con el nombre y las notas en tinta del anterior propietario. En cualquier caso, tales etiquetas nos hacen sentir como si estuviéramos siguiendo los pasos de alguien —si las notas se hicieron con pluma, las huellas están sobre concreto—. En la actualidad, a menos que me vea en circunstancias absolutamente fuera de lo común, me resisto a leer un libro que muestre cualesquiera señales de ocupación previa. Más que nada cosmética, aunque no exclusivamente, esta repugnancia va junto con una creciente indisposición a tomar las lecturas de otras personas —sus opiniones de lo que han leído— tal como aparecen. Allá en la década de 1960 me sometí a la infeliz experiencia de fatigar una edición de segunda mano del *Nostromo* de Conrad en la serie de Penguin Modern Classics (la portada muestra una imagen de Zapata realizada por Alfredo Zalce) en parte porque Walter Allen, según una cita en la tapa posterior del libro, la consideraba “la mayor novela en inglés de este siglo”, lo que me hace feliz que ya no estemos en el que debió ser un siglo verdaderamente malo para la literatura, si eso fue todo lo bueno que alcanzó. Tal vez el deseo de leer libros antes de que empiecen a dejar un rastro de nubarrones de supuesta gloria es lo que lleva a la gente a volverse editores o agentes.

En lo personal no tengo inconveniente en esperar a que los publiquen —e idealmente, a que los vendan como saldos—. No me importan las bolitas o las líneas de tinta que se emplean para señalar la condición de un libro como despojo comercial —una práctica muy difundida aunque no universal—, pero siempre elijo un ejemplar con la marca en la parte baja de las páginas más que en la de arriba, de manera que una vez en la repisa el libro oculte su innoble origen. Así no me recuerda que es un saldo.

Aparte de eso el libro debe estar en magníficas condiciones cuando yo lo empiezo a leer, pero no soy obsesivo en conservarlo de esa forma. Por el contrario, me gusta la manera en la que gradual y sutilmente se gasta y rompe, en la que el libro va siendo vivido (por mí), como un par de pantalones de mezclilla.

Es hora de ponerse específico. Compré un ejemplar saldado de la edición inglesa de *Why the Allies Won* por Richard Overy (Pimlico) por 4.95 libras en Judd Books en Londres el 11 de diciembre de 2010 —siempre anoto la fecha y el lugar de la compra en la solapa, con lápiz. Una edición rústica en gran formato, en la portada tiene una fotografía de un hinchado cadáver alemán cuyo color ha sido intervenido, sugiriendo así que los Aliados ganaron porque las fuerzas del Eje perdieron. Es una obra de análisis denso, sin la propulsión que asociamos a las historias narrativas de Anthony Beevor o John Keegan, de manera que cuando yo estaba metido en el libro

Aparte de eso el libro debe estar en magníficas condiciones cuando yo lo empiezo a leer, pero no soy obsesivo en conservarlo de esa forma. Por el contrario, me gusta la manera en la que gradual y sutilmente se gasta y rompe, en la que el libro va siendo vivido (por mí), como un par de pantalones de mezclilla.

Los cambios impuestos al libro eran bastante discretos, pero a riesgo de proyectar mis propios sentimientos de satisfacción por haberlo logrado leer completo, estoy tentado a decir que se veía realizado.

—luego de siete meses de haberlo comprado porque supuestamente lo iba a leer ya— era incapaz de concentrarme en él durante más de una hora diaria. A resultas de eso el libro anduvo por muchos lados, en diversas bolsas, en aviones y en trenes. En el proceso se doblaron las esquinas y se arrugó el lomo. Extendiéndose en proporción directa a la cantidad del contenido del libro que entraba en mi cerebro, tales pliegues se volvieron la corporeización externa del esfuerzo en el entrecejo que requirió el leerlo. Al cabo de un tiempo, conforme crecían estas muescas, el libro se negó a cerrarse del todo cuando lo dejé. Esto me encanta. En la biblió equivalencia de una cama abierta, que invita a meterse, es como si el libro te animara a no dejarlo, a quedarte con él. Que fue lo que hice. Hice notas, puse marcas de lápiz en los pasajes que más rehacían mi entendimiento de la guerra: “Durante la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial Inglaterra y Estados Unidos lucharon en un conflicto predominantemente naval...” Mmmmh. Además de estas anotaciones un par de páginas tienen las manchas de sangre seca. George Steiner en alguna parte escribió que un intelectual es una persona que no puede leer un libro sin tener un lápiz en la mano. Mi versión de esta compulsión es que al parecer no puedo leer sin picarme la nariz —de ahí las manchas de sangre.

En algún momento logré terminar este enorme volumen. Pasó de ser un libro nuevo y sin leer a uno que muy evidentemente estaba usado y leído. Lo dejé por ahí durante varios días, disfrutaba ver la transformación que había sufrido, golpeado por la misteriosa transfusión de conocimiento en la que este objeto había desempeñado un papel tan relevante y tan históricamente probado y probado. Los cambios impuestos al libro eran bastante discretos, pero a riesgo de proyectar mis propios sentimientos de satisfacción por haberlo logrado leer completo, estoy tentado a decir que se veía realizado. Como el joven en la novela *La roja insignia del valor* (comprada el 28 de diciembre de 1987, Cheltenham), tras un comienzo ignominioso (cobardía / saldo) había cumplido su propósito. Juntos, el libro y yo nos ganamos la Roja Insignia del Logro Compartido.

Por último trepé el libro en la sección de historia militar de mis estantes entre otros dos títulos de Overy (¡sí, el tipo es prolífico!) para que lo aplanaran como era debido. Si lo saco, ahora ya está muy enderezado, pero a diferencia del alemán muerto en la portada tiene mucha vida en su interior. Las muescas, las anotaciones y las manchas de sangre apropiadas le dan el sello de que fue leído. La diferencia, desde luego, es que esas señales están ahí para quedarse, mientras que mi entendimiento del contenido del libro se empezó a desvanecer casi tan pronto se instalaban (temporalmente) en mi cabeza.

Esto es muy normal en el corto plazo. El largo plazo lo describe John Updike en su libro de memorias, *Self-Consciousness* (16 de septiembre de 1991, París): “Tengo muchos libros que están llenos de anotaciones mías, prueba de que alguna vez los leí, aunque yo no me acuerde de haberlo hecho”. Nunca podré explicarles por qué ganaron los Aliados, pero en un incommunicable nivel juro que lo sé —mejor que hace seis meses—. Y además el libro está listo y preparado para intentarlo otra vez —si se puede vivir con las señales a lápiz, las esquinas dobladas y las manchas de sangre.

El gorrión de Stalin

Simon Sebag-Montefiore

Simon Sebag-Montefiore (1965) se ha dedicado a reconstruir y contar la vida y los tiempos de Stalin, por encima de su otra pasión: el siglo XVIII ruso y sus autócratas. En español existen por el momento estos títulos: *La corte del zar rojo* (traducción de Teófilo de Lozoya Elzurdía, Crítica, 2004), *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario* (traducción de Teófilo de Lozoya Elzurdía, Crítica, 2007, 2010), amén de su novela *Sashenka* (traducción de Máximo Sáez Escribano, Punto de Lectura, 2009, 2011). La hija de Stalin murió el pasado 22 de noviembre de 2011 en Richland, Wisconsin, bajo el nombre que asumió al casarse con un ciudadano estadounidense, Lana Peters. Esta nota se publicó el 3 de diciembre de 2011 en el *Financial Times*. Nota y traducción de Antonio Saborit.

SVETLANA STALINA, quien murió la semana pasada, dijo que Stalin, su padre, le “destrozó la vida”. Esta tumultuosa vida

